LA PEQUEÑA GHADA

Se palpó el vientre hinchado. Pronto daría a luz. Las punzadas en las piernas eran insoportables. Apoyó el fusil en la trinchera y se recostó a descansar. La noche le daba una tregua a la guerra y una oportunidad a los soldados. Temblaba solo de pensarlo.

La luna asomó entre los sacos amontonados, ocultando con su luz el cielo de estrellas. Cerró los ojos y comenzó a recitar la tabla del siete. Le resultaba tan aburrida que siempre acababa durmiéndose. Ghada la recordaba bien. Era lo último que había aprendido en la escuela.